

*De la conformidad  
con la  
voluntad de Dios*



**San Alfonso María de Liguorio**

**TRATADO**  
**DE LA CONFORMIDAD**  
**CON LA**  
**VOLUNTAD DE DIOS**

por

**Alfonso de Ligorio**

Madrid  
1900

# ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO.....	4
EXCELENCIA DE ESTA VIRTUD.....	4
CAPÍTULO II.....	8
CONFORMIDAD EN TODO.....	8
CAPÍTULO III.....	12
FELICIDAD QUE PROPORCIONA LA VERDADERA CONFORMIDAD.....	12
CAPÍTULO IV.....	16
DIOS QUIERE SÓLO NUESTRO BIEN.....	16
CAPÍTULO V.....	20
PRÁCTICA DETALLADA.....	20
CAPÍTULO VI.....	34
CONCLUSIÓN.....	34

## CAPÍTULO PRIMERO

### EXCELENCIA DE ESTA VIRTUD

Toda nuestra perfección consiste en amar a nuestro Dios, infinitamente amoroso: *Sobre todo revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección* (Col 3, 14)<sup>1</sup>. Pero la mayor perfección en el amor divino consiste en la estrecha unión de nuestra voluntad con la de Dios; porque, según San Dionisio el Areopagito (*De Div. Nom.* c. IV), es el principal efecto del amor la unión de los corazones que se quieren hasta el punto de hacer que anide en ellos una misma voluntad. De esto se deduce claramente que, cuanto mayor sea la unión con la voluntad de Dios, mayor será también el amor que se le profese. Ciertamente es que mortificaciones; meditaciones, comuniones y obras de caridad al prójimo son cosas muy agradables al Señor. Pero: ¿cuándo? Cuando se hallan conformes con su voluntad; de otro modo, lejos de serle gratas, las detesta y las castiga. Dado el caso de existir dos criados, uno de los cuales trabaje todo el día, sin descansar un solo instante, pero empeñado en hacerlo todo a su antojo, y el otro sin molestarse mucho, obedezca en todo y por todo a su dueño, es muy natural que éste prefiera el segundo al primero. ¿Pueden en ningún caso nuestras obras servir para la gloria de Dios, no siendo ejecutadas a su gusto? El Señor no pide sacrificios, dice el Profeta a Saúl, lo que quiere, sí, es obediencia a sus órdenes. *¿Quiere el Señor holocaustos y sacrificios o quiere que se obedezca su voz?* (1 Samuel 15, 22) Quien pretenda seguir su propia voluntad, dejando a un lado la de Dios, comete, hasta cierto punto, una especie de

---

<sup>1</sup> Para facilitar la lectura, en esta edición digital las citas en latín se han traducido al español (NOTA DEL EDITOR).

idolatría; ya que en este caso, en vez de adorar la voluntad divina, adora la suya.

Así, pues, cumplir en un todo la santa voluntad de Dios constituye la mayor gloria que podemos procurarle. Esto principalmente es lo que nos enseñó nuestro divino Redentor con su ejemplo, cuando descendió al mundo para establecer en él la gloria de su Padre. He aquí cómo hace hablar San Pablo al Eterno: *Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!* (Hebreos 10, 5) Rehusasteis las víctimas que los hombres os ofrecieron: queréis que os sacrifique el cuerpo que me concedisteis; dispuesto estoy a cumplir vuestra voluntad. — El mismo Salvador protestó distintas veces de que había venido a la Tierra, no a hacer su voluntad, sino la de su Padre. *Descendí de cielo, no para hacer mi voluntad, sino para hacer la voluntad del que me envió* (Juan 6, 38). Quiso que el mundo conociera el amor que tenía por su Padre mirándole obedecer su voluntad, la cual exigía que se sacrificara por la salvación de los hombres. Esto es precisamente lo que dijo al comparecer delante de sus enemigos que debían prenderle para llevarle a la muerte: *Es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y obro como él me ha ordenado* (Juan 14, 31) También declaró que reconocería por hermano a quien hubiese hecho la voluntad de Dios: *Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano...* (Mat 12, 50)

Nunca tuvieron los santos otro objeto que hacer la voluntad de Dios, persuadidos de que consiste en esto toda la perfección de un alma. El bienaventurado Enrique Susón decía: «Dios no exige de nosotros que abundemos en luces, sino que nos sometamos en un todo a su voluntad». Y Santa Teresa decía: «Todo lo que en el ejercicio de la oración debe buscarse es la conformidad con la voluntad de Dios; y persuadidos de que en esto consiste la perfección más alta, el que más se distinga en esta práctica mayores dones recibirá de Dios, mayores adelantos hará en su vida espiritual» (Cast. Int. d. 2, cap. I)

Un día, estando en visión la bienaventurada Estefanía de Soncino, dominica, se sintió transportada al Paraíso, en cuya mansión pudo ver a muchas personas que había conocido en vida, colocadas entre los serafines; y le fue al mismo tiempo revelado que esas almas habían obtenido tan alto grado de gloria por haber en vida sabido unir perfectamente su voluntad con la de Dios. El mismo bienaventurado Enrique Susón decía: «Prefiero ser por la voluntad de Dios el gusano más despreciable de la Tierra, que un serafín por la mía propia.»

De los moradores de la Patria Celestial debemos aprender el modo de amar a Dios. El amor puro y perfecto que tienen al Señor consiste en la unión perfecta de sus voluntades. Si los mismos serafines llegaran a creer que cumplían la voluntad de Dios ocupándose por toda una eternidad en apartar la arena de las playas, o en arrancar las malas hierbas de los campos, lo harían, no tan sólo de buen grado, sino gustosos hasta el último extremo. Aún más: si Dios les manifestara su deseo de verles arder en los Infiernos, se precipitarían al instante a abismo de fuego, para conformarse con su santa voluntad. Por esto Jesucristo nos enseñó a pedir en la oración la gracia de poder hacer en la Tierra la voluntad de Dios, como lo hacen los santos en el Cielo: *Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo.*

Apellida el Señor a David hombre según su corazón, porque ejecutaba siempre en todo su voluntad: *He encontrado en David, el hijo de Jesé, a un hombre conforme a mi corazón, que cumplirá siempre mi voluntad* (Hechos 13, 22) Efectivamente, ese gran rey se hallaba dispuesto siempre a seguir la voluntad divina, como de ello protesta con frecuencia: *Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme.* (Salmo 57, 8; 108, 2); y todo lo que a Dios pedía era saber cumplir su voluntad. *Enséñame a hacer tu voluntad* (Salmo 143, 10). Basta para santificarse un acto de perfecta conformidad con la voluntad divina. Ved a Saulo: cuando marcha en persecución de la Iglesia, le ilumina Jesucristo y le convierte. ¿Qué hace Saulo? ¿Qué dice? Sólo una cosa: se ofrece a hacer la voluntad de Dios: *Señor, ¿qué quieres que haga?* (Hechos 9, 6), y he aquí que el Señor le proclama al momento

Vaso de elección y Apóstol de las naciones: *Me hiciste vaso de elección, para llevar en mi corazón tu nombre a las gentes.*

Al rendirse la voluntad a Dios, se lo da todo: quien da sus bienes por la limosna, su sangre al martirio, su alimento para ayunar, da sólo una parte de lo que tiene; pero quien da su voluntad a Dios, se lo da todo, de suerte que puede decir: Señor, soy pobre, pero os doy todo lo que puedo; habiéndoo entregado mi voluntad, nada más puedo ofreceros. Esto es efectivamente todo cuanto Dios pide de nosotros: *Entrégame, mi hijo, tu corazón a mí* (Prov 23, 26). Hijo mío, dice el Señor a cada uno de nosotros; entrégame tu corazón, es decir, tu voluntad. *Nada tan grato* –dice San Agustín–, *podemos ofrecer a Dios, como decirle: Señor, tomadnos* (In Ps. 131); os damos toda nuestra voluntad; tomad de nosotros lo que queráis; disponed lo que os plazca y estamos dispuestos a ejecutarlo.

Si deseamos, pues, ser enteramente gratos al divino Corazón, cuidemos no sólo de conformarnos con su santa voluntad, sino de UNIFORMARNOS con ella, si así puede expresarme. La palabra CONFORMARNOS significa que dirijamos nuestra voluntad como la divina; pero UNIFORMARNOS quiere decir más: significa hacer de dos distintas voluntades una sola, de tal modo que no ha de quererse más que lo que quiere Dios, o que la voluntad de Dios quede sola, y en ella la nuestra confundida. En esto estriba el colmo de la perfección, a la cual debemos aspirar constantemente. Este debe ser el objeto de todas nuestras obras, de todos nuestros deseos, de nuestras oraciones, de nuestras meditaciones todas; y para acercarnos a él debemos implorar la asistencia de nuestros santos patronos, de nuestros ángeles custodios, y principalmente de la divina Madre María, que ha sido la más perfecta entre todos los santos, sólo porque fue la que se mantuvo más perfectamente unida con la voluntad de Dios.

## CAPÍTULO II

### CONFORMIDAD EN TODO

Exige esta virtud que nuestra voluntad se una a la de Dios en todo lo que acontezca, así en la adversidad como en la fortuna. En la fortuna, los mismos pecadores saben conformarse con la voluntad divina; pero los justos se conforman con ella igualmente en las adversidades, y aun en aquellas que más hieren su amor propio. En esto descansa la perfección de nuestro amor a Dios. El venerable Juan de Avila decía: «Un ¡Bendito sea Dios! en las contrariedades de la vida, vale más que mil acciones de gracias en los momentos que alcanzamos lo que más apetecemos».

Además es preciso conformarse con la voluntad divina, no sólo en los males que Dios directamente nos envía, como enfermedades, afecciones de espíritu, reveses de fortuna, muerte de allegados y otras calamidades semejantes, sino también en aquellos males que los hombres nos ocasionan, como desprecios, difamaciones, injusticias, robos y todo lo demás del mismo género. Tengamos en cuenta que cuando se infiere algunas injurias a nuestra reputación y a nuestro honor, o cuando se atenta a nuestros bienes, aunque Dios no quiere el pecado de quien nos ofenda, quiere, no obstante, nuestra humillación, nuestro empobrecimiento, nuestra mortificación. Es cierto, y hasta cosa de fe, que nada sucede en el mundo sin la voluntad de Dios: *Yo soy el Señor, y no hay otro; el que crea la luz y las tinieblas, el que hace la paz y crea a los malos* (Is 45, 6-7). De Dios proceden todos nuestros bienes y todos nuestros males, es decir, las cosas que por disgustarnos conocemos por males, pero que en realidad bienes son, por el mero hecho de aceptarlos de mano del Señor. He aquí la aseveración del profeta Amós: *¿Sucede una desgracia en la ciudad sin que el Señor la provoque?* (Amós 3, 6). Ya el Sabio

había dicho antes: *Bienes y males, vida y muerte, pobreza y riqueza, todo procede de Dios* (Eccl 11, 14).

Es positivo, como lo he dicho ya, que, al ofenderos un hombre injustamente, Dios no quiere el pecado que comete, y no toma parte alguna en la malicia de su voluntad, pero presta el Señor su concurso general a la acción material de quien os hiere, os roba o injuria, de tal modo que quiere el daño que experimentáis, pues procede de su mano. Así fue como el Señor declaró a David ser el autor de las injurias que Absalón debía inferirle, hasta el punto de arrebatarse ante sus ojos sus mujeres, todo en castigo de sus pecados. *Yo haré surgir de tu misma casa la desgracia contra ti. Arrebataré a tus mujeres ante tus propios ojos y se las daré a otro, que se acostará con ellas en pleno día* (II Samuel 12, 11). Predijo igualmente a los hebreos que en castigo de sus iniquidades les enviaría a los asirios para despojarles y sumirles en la ruina: *¡Ay de Asiria! Él es el bastón de mi ira y la vara de mi furor está en su mano. Yo lo envío contra una nación impía, lo mando contra un pueblo que provocó mi furor* (Is s, 5-6). He aquí el modo cómo San Agustín explica éste pasaje: *Dios se sirvió de la maldad de los asirios para castigar a los hebreos* (In Ps., LXXIII). El mismo Jesucristo dijo a San Pedro que su pasión y muerte no le vino tanto de parte de los hombres como de la de su Padre: *¿Acaso no voy a beber el cáliz que me ha dado el Padre?* (Juan 18, 11).

Cuando cierto mensajero, que se supone era el mismo demonio, fue a anunciar a Job que le habían sido robadas por los sabeos todas sus riquezas, y muertos todos sus hijos, ¿qué contestó este santo varón? *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó* (Job 1, 21).

No dijo, ciertamente: El Señor me dio hijos y bienes, y los sabeos me los han quitado; sino: El Señor me los dio, el Señor me los quitó. Reconociendo que esta desgracia provenía de la voluntad de Dios, añadió: *¡Bendito sea su Santo Nombre! Si al Señor le agrada, hágase su voluntad; bendito sea el nombre del Señor.*

Se hace preciso, pues, no acoger los males que nos aflijan por mero efecto de la casualidad, o como si finitamente resultaran de la

mala voluntad de los hombres; antes, al contrario, debemos persuadirnos, como así lo dice San Agustín, de que todo cuanto nos sucede contra nuestra voluntad, no sucede más que por voluntad de Dios: *Cuanto aquí sucede contra nuestra voluntad, sabe que no sucede sino por voluntad de Dios (In Ps. XIV, 8)*. Los gloriosos mártires Epicteto y Astón, torturados por mandato del tirano, destrozadas sus carnes con garfios de hierro y abrasados por medio de antorchas ardientes, no dejaban oír más palabras que éstas: «¡Señor, cúmplase en nosotros tu voluntad!» Y, llegados al suplicio, exclamaron con firme acento: ¡Oh Dios eterno! ¡Bendito seáis por haber permitido que en nosotros se hiciese vuestra voluntad completa! (*Rosweid. Pat 1. I, cap. 12*).

Cesáreo refiere de cierto religioso, al parecer no distinto de los demás, que era tan alto el grado de santidad que había alcanzado, que con el simple contacto de sus hábitos, curaba las enfermedades. Admirado de ese prodigio, le preguntó un día el abad cómo se hacía para llevar a cabo milagros semejantes, él que no hacía otra vida más ejemplar que sus hermanos. Le contestó que se admiraba de sí mismo, y que no sabía cómo le sucedía tal cosa. —Pero ¿qué devoción practicáis?, repuso el superior. —El humilde religioso le contestó que hacía nada o muy poco, prescindiendo del gran cuidado que ponía de querer en todo lo que Dios quisiera, y que había recibido la gracia de tener su voluntad totalmente abandonada a la del Señor. —La prosperidad, añadió, no me saca de mi estado, ni la adversidad logra abatirme, por cuanto lo tomo todo cual si procediera de Dios, siendo el único objeto de todas mis oraciones que su santa voluntad se cumpla perfectamente en mí. —¿Y ningún pesar os ha causado el daño que anteayer nos infirió una mala persona que nos quitó todos los medios de subsistencia, pegando fuego a la granja que cobijaba nuestras mieses y nuestro ganado? —No, padre mío; antes, al contrario, di por ello gracias a Dios, como acostumbro hacerlo en semejantes casos, persuadido de que el Señor nada quiere ni permite que no sea en gloria suya o en nuestro mayor bien; y así, suceda lo que suceda, yo estoy siempre contento. —Después de semejante respuesta, que muestra tan perfecta conformidad con la

voluntad de Dios, no se admiró ya más el abad de los grandes milagros que hacia el buen religioso (Cæsar Dial I. X, c. VI).

## CAPÍTULO III

### FELICIDAD QUE PROPORCIONA LA VERDADERA CONFORMIDAD

La práctica de esta virtud, no tan sólo santifica, sino que concede también en esta tierra una paz inalterable. Se preguntaba un día a D. Alfonso el Grande, rey de Aragón, príncipe muy entendido, sobre quién era el hombre que él creía más dichoso en este mundo. —«Es, contestó, el que, abandonándose a la voluntad de Dios, sabe recibirlo todo de su mano, tanto los males como los beneficios».

*Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que lo aman* (Rom 8, 28) Los que aman a Dios están siempre satisfechos, por cuanto toda su ventura se cifra en cumplir su divina voluntad, aun en aquello que más parece contrariarles. Encuentran motivo de gozo en sus mismas penas, por cuanto saben que, al aceptarlas, se hacen agradables a su amantísimo Señor; nada es bastante para turbar su dicha: *Al justo no le pasará nada malo, pero los malvados están llenos de desgracias* (Prov 12, 21). Efectivamente, qué mayor satisfacción puede experimentar un alma que contemplar realizados todos sus deseos. Nada, excepción hecha del pecado, puede suceder en este mundo sin la voluntad de Dios. ¡Feliz el que no desea más lo que Dios quiere! Se lee en la *Vida de los Padres* que las tierras de cierto labrador producían más que las de sus vecinos. Al preguntársele por la causa de esto, contestó que no había que admirarse de nada, atendido que alcanzaba siempre el tiempo que apetecía. —¿Cómo es esto? —se le replicó. —Es que, —repuso—, no deseo otro tiempo que el que Dios envía; y como no quiero más que lo que Dios quiere, me da siempre los frutos tal como lo deseo.

Si las almas resignadas, dice Salvino, se ven humilladas, es porque lo desean: si son pobres, porque quieren la pobreza; en una palabra, están satisfechas de todo lo que les sucede, y esto es precisamente lo que las hace dichosas: *Humildes son lo que hacen tu voluntad; pobres son los que desean la pobreza; por eso, son dichosos con lo que les pasa (De Gub. Dei, 1. I)*. Viene frío, calor, lluvia, viento; el que está sumiso a la voluntad de Dios, dice siempre: —Quiero que haga frío, calor, que llueva, que sople el viento, porque Dios también lo quiere. —Viene la pobreza, la persecución, la enfermedad, la muerte: —Bien está —exclama todavía—, quiero ser pobre, verme perseguido, estar enfermo, quiero morir, porque Dios también lo quiere.

Tal es la santa libertad de que gozan los hijos del Señor, libertad que tiene mayor valía que los principados y los reinos de la Tierra. Tal es la dichosa paz, patrimonio de las almas puras, paz que excede a todos los placeres de los sentidos. *La paz de Dios, que supera a todo lo que podemos pensar (Filip 4, 7)*. Esta divina paz es preferible a todas las fiestas, a todos los banquetes, a todos los honores y a todos los goces del mundo juntos; goces que, al saborearlos, halagan los sentidos; pero que, vanos y fugaces como son, lejos de producir un contento real, no hacen más que afligir el espíritu, asiento del contento verdadero. Así se ve que Salomón, después de haber agotado todos los placeres mundanos, exclamaba, con amargura que no habla hallado en ellos más que vanidad y aflicción de espíritu. *Y esto es vanidad y aflicción de espíritu (Eccl 4, 16)*.

*El hombre santo permanece como el sol, pero el insensato es variable como la luna (Eccle 27, 11)* He aquí las palabras del Espíritu Santo; El insensato o el pecador es inconstante como la Luna, pues tan pronto cree como se maestra descreído; hoy le miráis riéndose, mañana le veréis llorando; hoy lleno de mansedumbre, mañana furioso como un tigre; y todo esto ¿por qué? Porque su humor depende de la prosperidad o de la adversidad que encuentra, y cambia con las cosas que le suceden. El justo, por el contrario, se asemeja al Sol, siempre igual en serenidad; pues, le suceda lo que le suceda, cifra todo su contento

en conformarse con la voluntad de Dios, y de aquí le viene la paz inalterable que disfruta. Los pastores de Belén oyeron cantar a los ángeles: *Paz sobre la Tierra a los hombres de buena voluntad* (Luc 2, 14) ¿Cuáles son esos hombres de buena voluntad, sino los que se mantienen unidos siempre a la voluntad de Dios, voluntad buena y soberanamente perfecta? *Voluntad de Dios, buena, grata y perfecta* (Rom 12, 2). Dios quiere sólo lo mejor y lo más perfecto. Conformándose con la voluntad de Dios, se gozase en esta tierra un paraíso anticipado. De este modo, según San Dionisio, los antiguos Padres vivían en excelsa paz, recibéndolo todo de manos del Señor. Santa María Magdalena de Pazzis, al oír las solas palabras VOLUNTAD DE DIOS, experimentaba tal consuelo, que se sentía transportarla en éxtasis amoroso. Es cierto que la virtud no nos hace por esto insensibles; las contrariedades nos darán alguna pena, pero ésta se sentirá tan sólo en la parte inferior; pues, en cuanto a la parte superior del espíritu, gozará siempre de tranquilidad y paz mientras que nuestra voluntad permanezca unida la de Dios. El Salvador prometió a sus Apóstoles plena y completa dicha: *Nadie será capaz de quitaros vuestra alegría... Vuestra alegría será completa* (Juan 16, 22.24). El que mejor se conforma con la voluntad de Dios, goza esta felicidad plena y perpetua: plena, porque tiene todo cuanto desea, como más arriba queda expresado; perpetua, porque nadie podría arrebatársela, nada podría impedir que se cumpliera la voluntad de Dios.

El P. Juan Tauler refiere el siguiente episodio, del cual él fue actor principal. Desde hacía muchos años suplicaba al Señor que le enviara a alguien que le mostrase la verdadera vida espiritual. Un día oyó una voz que le dijo: —«Vete a la iglesia y encontrarás lo que desees». El Padre se fue a la iglesia designada, y en la puerta se encontró con un mendigo descalzo y cubierto de harapos. Al verle le saludó, diciéndole: —Buenos días, amigo mío. —Señor —contestó el pobre—, no tengo recuerdo de haber tenido nunca lo que el mundo llama un día malo. —El Padre contestó: —Bien está esto. Dios os conceda siempre una vida dichosa. —¡Oh!, —replicó el mendigo—, gracias al Señor, nunca he sido desgraciado. —Al poco rato añadió: —Oíd, Padre; no sin razón os he dicho antes que no

he tenido nunca lo que el mundo llama un día malo: cuando siento hambre, alabo al Señor; cuando nieva o llueve, le bendigo; y si alguien me desprecia o me injuria, si experimento algún desagrado, le glorifico. Ya he dicho asimismo que nunca he sido desgraciado, y esto es cierto también, porque estoy acostumbrado a querer todo lo que Dios quiere, sin reserva alguna, sea lo que fuere lo que me suceda; dulce o amargo, lo recibo siempre de su mano con alegría tal, como si no hubiese nada mejor para mí; he aquí lo que hace mi felicidad. —Pero —repuso el Padre—, si Dios quisiera que os vieseis condenado, ¿qué diríais? —¡Ah! —contestó el pobre—, si quisiera esto, por humildad y amor abrazaría a Dios y le estrecharía con tanta fuerza que, si quisiese precipitarme en los Infiernos, se vería obligado a seguirme, y entonces me sería infinitamente más grato encontrarme en el Infierno con El que poseer sin El todas las delicias celestiales. —¿En dónde hallasteis a Dios? —Lo hallé al dejar las criaturas. —Pero ¿quién sois? —Yo soy rey. —¿En dónde tenéis vuestro reino? —Dentro de mi alma, en donde mantengo el orden, haciendo que la razón domine las pasiones, y Dios a la razón. —Tauler le preguntó, finalmente, ¿cómo le había sido posible alcanzar semejante perfección? —Callando con los hombres —contestó—, para hablar tan sólo con el Señor; manteniéndome unido constantemente a Dios, en quien encuentro todo mi reposo y mi felicidad. —He aquí un mendigo conformado con la voluntad de Dios, más rico seguramente en su indigencia que todos los reyes de la Tierra, y en sus sufrimientos más dichoso que todos los mundanos en el seno de los placeres.

## CAPÍTULO IV

### DIOS QUIERE SÓLO NUESTRO BIEN

¡Oh, cuán grande es la locura de los que se niegan a someterse a la voluntad de Dios! No pueden evitar por esto el sufrimiento, puesto que nadie puede impedir la ejecución de los divinos decretos: *Nadie puede hacer frente a su voluntad* (Rom 9 19). ¿Qué digo? Sufren no sólo sin provecho, sino también aumentando las penas que en la otra vida tienen reservadas, y la inquietud que en ésta les tortura. ¿Quién le hizo frente y salió indemne? (Job 9, 4). Grite cuanto quiera un enfermo en sus dolores, murmure contra la Providencia un pobre en la miseria, déjese llevar por el furor, blasfeme cuanto le plazca, ¿qué puede sucederle más que un recrudecimiento en su mal? ¿Qué buscas, hombrecillo, buscando bienes? Ama un bien en el que están todos los bienes (Man., c. 34). Débil mortal, exclama San Agustín, ¿qué buscas fuera de Dios? Cuida de encontrarle, únete a Él, abraza su santa voluntad y serás siempre dichoso en ésta y la otra vida.

Y, después de todo, ¿acaso no quiere Dios más que nuestro bien? ¿Podemos hallar un amigo que nos estime más que Dios? Todo lo que quiere es que nadie se pierda, es que todos se salven y se santifiquen: *No quiere que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión* (2 Pedro 3, 9). Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (I Tesal 4, 3). Dios tiene puesta su gloria en nuestra felicidad, porque es la bondad misma por su Naturaleza, como dice San León: *Dios cuya naturaleza es la bondad*; y, siendo la bondad esencialmente comunicativa, Dios tiene un deseo extremo de hacer a las almas partícipes de sus bienes y de su felicidad. Si en esta vida nos envía tribulaciones, es todo en nuestro provecho: *Todo coopera al bien* (Rom 8, 28). Nos asegura la virtuosa Judit que las mismas calamidades con que el Señor nos

castiga no vienen a afligirnos para perdernos, sino para corregirnos y salvarnos: *Nos hiere a nosotros, los que le servimos, no para castigarnos, sino para amonestarnos* (Judit 8, 27). Con el objeto de preservarnos de los males eternos, nos es necesario un escudo de su buena voluntad: *Tú bendices al inocente, Señor, lo rodea como escudo tu favor* (Salmo 5, 13). No tan siquiera anhela nuestra salvación, sino que también se ocupa de ella con paternal solicitud: *El Señor se ocupa de mí* (Salmo 40, 18). Y, como dice San Pablo, ¿qué podría rehusarnos ese Dios que nos ha dado su propio Hijo? *Si Él no perdonó ni a su propio Hijo (antes bien lo entregó por nosotros), ¿cómo no va a darnos con él gratuitamente todas las cosas?* (Rom 8, 31).

Ya que todas las disposiciones de la Providencia se cifran en nuestro bien, ¡con cuánto motivo no debemos abandonarnos a ellas! En todos los acontecimientos de la vida digamos siempre: *En paz me acuesto y en seguida me duermo, Señor, porque habéis fortalecido mi esperanza* (Salmo 4, 9). Confiémonos a sus manos por completo, y cuidará de nosotros: *Confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros* (1 Pedro 5, 7). No pensemos más que en Dios, ni busquemos más que cumplir su santa voluntad, y El pensará en nosotros, y hará nuestra ventura. Un día dijo el Señor a Santa Catalina de Sena: «Hija mía, piensa en Mí, y sin cesar pensaré Yo en ti». Repitamos a menudo con la Esposa del Cantar de los Cantares: *Mi amado es mío, y yo de mi amado* (Cant 2, 16). Mi amado Bien piensa en lo que me es provechoso, y yo no quiero pensar más que en agradarle y conformarme enteramente con su divina voluntad. «Nosotros –decía el santo abate Nilo–, no debemos pedir a Dios que haga lo que queramos, sino hacer lo que Él quiera» (*De Orat.* c. 29). Cuando algo desagradable nos suceda, recibámoslo de la mano de Dios, más que con paciencia con alegría, a imitación de los Apóstoles, que se creían felices con sólo poder sufrir por el Santo Nombre de Jesús: *Ellos abandonaron el Sanedrín gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre de Jesús* (Hechos 5, 40). ¿Puede acaso ser un alma más dichosa que al sufrir una pena cualquiera, sabiendo bien que, al aceptarla de

buen grado, rinde a Dios el mayor de los placeres que pueden procurársele? Enseñan los maestros de la vida espiritual que Dios agradece todo deseo de sufrir por serle grato; prefiere, no obstante, las almas que se abstienen de pedir dichas y penas, pero que, sometidas por entero a su santa voluntad, no tienen más deseo que el de cumplirla en todo.

Si pues, alma fiel, quieres hacerte verdaderamente agradable a Dios, y llevar en este suelo una vida feliz, mantente siempre y en todo unida a su santa voluntad. Piensa que nunca caerás en pecado, sino alejándote de la voluntad divina. Únete en adelante únicamente a los deseos del Señor, y no dejes de decir en todos tiempos y circunstancias: *Sí, Padre, pues tal ha sido tu decisión* (Mat 11, 26). Sí, Dios mío; aunque así sea, éste es vuestro gusto. Si te aflige algún suceso desagradable, recuerda que todo procede de Dios, por lo que no dejes de exclamar al instante: Así lo quiere Dios; y quédate tranquilo repitiendo con el Rey Profeta: *Me callo, ya no abro la boca, porque tú lo has hecho* (Salmo 39, 10). ¿Señor? Así lo habéis querido: de vuestra mano lo acepto sin quejarme. —Todos tus pensamientos y oraciones a este mismo objeto deben ir dirigidos; es decir, en la meditación, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, no debes descuidar nunca el pedir a Dios la gracia de cumplir su voluntad. No dejes de ofrecerte al Señor diciéndole: ¡Oh Dios mío! Vedme aquí: haced lo que de mí queráis. —En esto consistía el continuado ejercicio de Santa Teresa, la cual se ofrecía al Señor, lo menos cinco veces al día; rogándole dispusiese de ella como mejor le pluguiera.

¡Oh, cuán feliz serás, querido lector, obrando siempre de este modo! No dudes que alcanzarás la santificación, que transcurrirá tu vida en paz, y que obtendrás una, buena muerte. Cuando sale un mortal de este mundo, toda la esperanza de salvación que pueda concebir debe fundarse en la resignación que atestigüe en la hora de su muerte. Si, durante la vida, lo recibes todo como proveniente de Dios, de igual modo aceptarás la muerte conformándote con su divina voluntad, y tu salvación será segura. Abandonémonos, pues, sin reserva al gusto del Señor: como es infinitamente sabio, mejor que nosotros sabe bien lo que nos conviene; y como nos ama

hasta el punto de haber dado su vida por nosotros, no puede querer más que nuestro mayor bien. «Persuadámonos –dice San Basilio–, que Dios se cuida más de nuestra felicidad de lo que nosotros mismos podríamos hacerlo y desearlo» (*Espist. ad Eustachium*)

## CAPÍTULO V

### PRÁCTICA DETALLADA

Pero vayamos ahora a la práctica, y veamos en detalle en qué debemos conformarnos con la voluntad de Dios.

#### 1. — *Accidentes ordinarios o comunes.*

Conformarnos debemos en todo lo natural que nos sobrevenga sin depender de nosotros mismos, como el calor y el frío excesivo, la lluvia, la carencia de víveres, las enfermedades contagiosas, cte.

Guardémonos de decir: ¡Qué calor más insoportable! ¡Qué frío tan horrible! ¡Qué desgracia! ¡Qué desventura! ¡Qué tiempo tan triste! —U otras cosas semejantes, que revelan cierta repugnancia hacia la voluntad de Dios. Todo debemos aceptarlo tal como se presenta, puesto que es Dios quien todo lo ordena. San Francisco de Borja, habiendo llegado una noche, que estaba nevando, a las puertas de una casa de la Compañía, llamó repetidas veces; pero, como los Padres estaban profundamente dormidos, las puertas permanecían cerradas. Cuando llegó el día fue recogido por ellos, dándole repetidas manifestaciones del inmenso pesar que les causaba haberle dejado de aquel modo expuesto a las incomodidades del mal tiempo; pero les aseguró el Santo que había experimentado un grandísimo consuelo al pensar que era Dios quien le mandaba aquella nieve.

De igual modo debemos portarnos con lo que sintamos en nuestro interior, como el hambre, la sed, la pobreza, el pesar, las humillaciones. En todo esto debemos decir: a Dios: «Señor, haced y deshaced como mejor os plazca; yo estaré siempre contento, puesto que nada más quiero yo que lo que Vos queréis». El P.

Rodríguez (*Perfecto cristiano*, P. 1.<sup>a</sup>, trat. 8, cap. 7) nos enseña de este modo a desvanecer las astucias del demonio cuando presenta a nuestro espíritu ciertos supuestos casos, a fin de hacernos caer en algún mal consentimiento, o a lo menos inquietarnos, por ejemplo: si tal persona os dijera esto, haríais eso o lo otro. Cuando tales ideas se nos vengán a las mentes, respondámonos siempre: —Diría y haría lo que a Dios place. Y con este medio evitaremos la menor falta y nos quitaremos el menor motivo de inquietud.

## 2. — *Defectos naturales.*

Si tenemos algún defecto natural, así de cuerpo como de espíritu, como una mala memoria, una inteligencia tardía, falta de destreza, algún miembro estropeado, una salud delicada u otra cosa por el estilo, no nos lamentemos nunca por esto. ¿Acaso merecimos o estaba Dios obligado a darnos más elevado espíritu, un cuerpo más perfecto? ¿No podía crearnos al rango de los brutos, o dejarnos sumidos en la nada? ¿Quién, después de haber recibido un don, se atreve a lamentarse de él? Demos, pues, gracias al Señor de cuanto nos ha concedido por puro efecto de su bondad, y contentémonos con ser tales como nos ha creado. ¿Quién sabe si, con mayor talento, una salud más robusta y un exterior más agradable, nos habríamos perdido? ¡Cuántos seres existen para quienes la ciencia y los talentos han sido causa de eterna ruina, inspirándoles sentimientos de vanidad y de desprecio al prójimo, peligros a que están sumamente expuestos los que más por sus cualidades se distinguen! ¡Para cuántos desventurados, la belleza o la fuerza corporal no han servido sino para precipitarles en mil maldades! ¡Cuántos, por el contrario, existen que, por haber sido pobres o hallarse enfermos o deformes, se han santificado y salvado; a pesar de que se habrían condenado si hubiesen sido vigorosos, ricos o bien conformados! Contentémonos, pues, con lo que Dios nos ha dado. *Porque una sola cosa es necesaria* (Luc 10, 42): No es ciertamente necesario tener una hermosa figura, ni una buena salud, ni relevantes dotes intelectuales; sólo una cosa es esencialmente necesaria: la salvación del alma.

### 3. — *Enfermedades corporales.*

Es preciso que sepamos resignarnos, sobre todo en las enfermedades corporales, soportándolas de buen grado como y cuando plazca a Dios el enviárnoslas. No quita eso que hagamos uso de los remedios ordinarios, puesto que el Señor así lo quiere; pero, si éstos no llegan a producir efecto, unámonos a la voluntad de Dios, lo que valdrá mucho más que la salud misma. Digámosle entonces: —Señor, no deseo sanar ni permanecer enfermo; únicamente quiero lo que Vos queráis. —Indudablemente, en las enfermedades es lo más perfecto no lamentarse de los dolores que se experimentan; no obstante, cuando con su crudeza nos aflijan fuertemente, no está por esto vedado comunicarlo a nuestros amigos, ni menos pedir al Señor que nos alivie de ellos. No me refiero con esto más que a los grandes sufrimientos, puesto que se ven personas que, por el contrario, obran muy mal al lamentarse; cada vez que sienten alguna pena, el menor disgusto, quisieran que todo el mundo acudiese a demostrarles compasión, y a llorar a su lado. —Por lo demás, el mismo Jesucristo, en el momento de sufrir su, dolorosa pasión, reveló a sus discípulos la aflicción extrema de su espíritu: *Triste está mi alma hasta la muerte* (Mat 26, 38), y suplicó a su Eterno Padre que le librase de ella: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*; pero ese divino Salvador nos enseñó al mismo tiempo, con su propio ejemplo, lo que debíamos hacer después de semejantes súplicas; esto es, resignarnos al momento con la voluntad de Dios, añadiendo con El: *Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*. No obstante, hágase no como yo quiero, sino como quieres Tú.

¡Cuán grande es la ilusión de ciertas personas que dicen desear la salud, no para dejar de sufrir, sino para mejor servir al Señor, observar sus mandamientos, ser útiles al prójimo, ir a la iglesia, recibir la santa comunión, practicar la penitencia, estudiar, trabajar o emplearse en la salvación de las almas confesando y predicando! —Pero yo te pregunto, alma fiel, dime: ¿Por qué piensas hacer esto? ¿No es acaso para agradar a Dios? ¿Y qué buscas con esto, si sabes ya que el gusto de Dios no está en que

te entregues a la oración, a las comuniones, a la penitencia, el estudio, a las predicaciones o a otras obras, sino en que soportes lleno de paciencia esta enfermedad y estos dolores que te envía? Une entonces tus sufrimientos con los de Jesucristo. —Lo que me pesa, di, es, hallándome enfermo de este modo, sentirme inútil y gravoso al prójimo y a mi familia. —Pero, resignándote a la voluntad de Dios, debes creer que los allegados y superiores se resignan a ella igualmente, al ver que sólo por voluntad del Señor, y no por culpa tuya, llevas una carga más a tu familia. ¡Ah! Tales deseos y lamentos no nacen tanto del amor de Dios como del amor propio, que busca siempre pretextos para alejarse de la voluntad de Dios. ¿Queremos hacernos gratos al Señor? Desde el momento que nos veamos retenidos en el lecho, digamos esta sola palabra: *Hágase tu voluntad*, y repitámosla desde el fondo del pecho cien mil veces, siempre, ya que con esta sola palabra agradecemos más a Dios que con todas las mortificaciones y devociones posibles. No hay mejor medio de agradar a Dios que abrazar con alegría su santa voluntad. El venerable Juan de Avila escribió un día a un sacerdote, enfermo: «Amigo mío, no os dediquéis a imaginar lo que haríais, de encontraros bien; contentaos con estar enfermo tanto tiempo como a Dios le plazca. Si no buscáis más que la voluntad de Dios, ¿qué ha de importaros gozar buena salud o estar enfermo?» (*P. 2ª, Ep. 64*) Sin duda esto es muy bien dicho, por cuanto lo que mejor agrada a Dios no son tanto nuestras obras como nuestra resignación, y la conformidad de nuestra voluntad con la suya. Por esto decía San Francisco de Sales que mejor se sirve al buen Dios sufriendo que obrando.

A menudo pueden faltarnos los médicos y los remedios, o bien el médico no llegará a conocer nuestra enfermedad; es preciso en esto también que nos conformemos con la voluntad de Dios, que todo lo dispone en nuestro provecho. Se cuenta de un hombre muy devoto de Santo Tomás de Cantorbery, el cual, hallándose enfermo, se dirigió a la tumba del Santo Arzobispo para pedirle el restablecimiento de en salud, que obtuvo al instante. De vuelta a su casa, se preguntó interiormente: «Pero si la enfermedad era más útil para mi salvación, ¿qué haré yo con la salud que he

recobrado?» Herido de este pensamiento, volvió a la tumba del Santo y le suplicó pidiera por él al Señor lo más conveniente por su eterna salvación. Después de esta súplica recayó enfermo, y se mostró en extremo consolado con la seguridad de que Dios así lo disponía para su mejor ventura. Surius (*Die 6 Febr.*) refiere igualmente que, habiendo sido un ciego curado por intercesión de San Vaast, pidió que, si la facultad de ver no debía ser útil a su alma, le fuera arrebatada nuevamente: se le oyó y se volvió ciego como antes. Cuando, pues, nos hallamos enfermos, lo mejor es no pedir ni la enfermedad ni la salud, sino abandonarnos a la voluntad de Dios, a fin de que disponga de nosotros como mejor le plazca. Si, a pesar de todo queremos solicitar nuestra curación, hagámoslo a lo menos resignándonos y bajo la condición de que si la salud del cuerpo conviene a la salvación del alma; de otro modo, nuestra súplica sería defectuosa, y no alcanzaría efecto, contando con que el Señor no atiende sino las que se le dirigen con resignación.

En cuanto a mí, llamo a las enfermedades piedra de toque de los espíritus, puesto que ellas aquilatan el valor de las virtudes de un alma. Si ésta soporta la prueba sin inquietud, sin queja, sin anhelo, obedeciendo sólo a los médicos y superiores; si se mantiene tranquila y resignada con la voluntad de Dios, es señal cierta de que conserva un verdadero fondo de virtud. En cambio, ¿qué debe pensarse de un enfermo que se lamenta de la falta de cuidado de los demás para con él, de sus sufrimientos, que encuentra insoportables; de la ineficacia de los remedios, de la ignorancia del médico, y que a veces llega al exceso de murmurar contra el mismo Dios, como si Este le tratara con harta dureza? Refiere San Buenaventura que, hallándose un día San Francisco preso de extraordinarios dolores, uno de sus religiosos, hombre ingenuo por naturaleza, le dijo: «Padre mío: procurad rogar a Dios que os trate con alguna mayor dulzura, puesto que, según parece, su mano empieza ya a pesar demasiado». A estas palabras, el santo lanzó una exclamación, y le contestó: «Escuchad, hermano mío: si no supiera que habláis de este modo por la sencillez de vuestro carácter, ya no quisiera veros más en mi presencia, puesto que os atrevéis a criticar los juicios de Dios». Y dicho esto, débil y

extenuado como se encontraba, se precipitó de su lecho al suelo, y, besándolo, exclamó: «¡Señor, gracias os doy por todos los sufrimientos que me habéis enviado, y os suplico que los aumentéis aún, si tal es vuestro deseo! El mío se cifra en que me aflijáis corporalmente, ya que, para mí, el cumplimiento de vuestra voluntad es el mayor de los consuelos que me puede caber en esta vida (*Vita* v. 14).

#### 4. — *Pérdida de personas útiles.*

Es necesario también que sepamos soportar la pérdida de aquellas personas que nos son útiles, ya sea temporal, ya espiritualmente. Algunas almas devotas caen a menudo en grandes faltas sobre este particular, no resignándose como debieran a las disposiciones de la Divina Providencia. Nuestra santificación no es obra de nuestros padres espirituales, sino de Dios. Cuando el Señor nos los concede, quiere que nos aprovechemos de su ministerio para la dirección de nuestra conciencia; pero, al quitárnoslos, quiere también que, lejos de mostrarnos descontentos, redoblemos nuestra confianza en su bondad y le hablemos de este modo: —Señor, este apoyo me habéis dado, y ahora me lo retiráis: hágase vuestra voluntad; pero, de todos modos, venid en mi auxilio y enseñadme qué debo hacer para servirlos fielmente. —De este modo debemos recibir de mano de Dios todas cuantas cruces nos envíe. —Sin embargo, diréis vosotros, ¿no son castigos estas contrariedades? —Yo os contestaré: ¿Acaso los castigos que Dios nos inflige en esta vida no son gracias y beneficios? Si le hemos ofendido, satisfacer debemos a su justicia de un modo u otro, en esta o en la otra vida. Digamos, pues, todos con San Agustín: *Quemadme, rajadme, Señor; no me tengáis misericordia en esta vida, a fin de que la encuentre en la vida eterna*. Sepamos encontrar en las penas de la vida presente un motivo de consuelo, a ejemplo del santo varón Job: *Tendría al menos un consuelo y saltaría de gozo en mi implacable tormento, por no haber blasfemado* (Job 6, 10) Es, en efecto, consolador para el que tiene el Infierno merecido ver que

Dios le castiga en este mundo, pues esto sólo debe hacerle concebir una grande confianza de que Dios quiere preservarle del eterno suplicio. Imitemos asimismo al gran sacerdote Helí, y, al herirnos Dios, exclamemos como El: *Él es el Señor; que haga lo que mejor le parezca* (1 Samuel 3, 18) *Él es el Señor: haga cuanto sea grato a sus ojos.*

## 5. — *Penas espirituales.*

Es preciso asimismo resignarse en las desolaciones del espíritu. Cuando un alma se entrega a la vida interior, tiene el Señor costumbre de prodigarla consuelos, a fin de despojarla enteramente de los placeres mundanos; pero, desde el instante que la considera suficientemente afirmada en la espiritualidad, entonces le retira su mano para experimentar su amor y ver si le sirve y ama fielmente, y no tan sólo por las sensibles dulzuras, cuya devoción es a menudo recompensada en este suelo. «Durante la vida —decía Santa Teresa—, nuestro bienestar no consiste tanto en obtener el mayor grado del goce de Dios, como en hacer su voluntad» (*Vida, adición*) Y en otro pasaje: «Por medio de las mortificaciones y la tentación prueba el Señor a los que le aman» (*Vida, c. XI*). Dé, pues, gracias al Señor un alma favorecida con sus dulces caricias, pero nunca se abandone a la tristeza ni a la impaciencia al hallarse desolada. En este punto, preciso es vivir prevenido, ya que ciertas almas débiles, al verse en la aridez, se imaginan al momento que Dios las tiene abandonadas, o que no se ha hecho para ellas la vida espiritual, y en su consecuencia descuidan la oración y pierden todo cuanto antes hicieran.

No hay ocasión más propicia para ejercer nuestra resignación con la voluntad de Dios, que el tiempo de los sinsabores. No pretendo decir con esto que, al experimentar alguna pena, debamos vernos privados de la presencia de Dios. No puede impedirse que, al sentirla, no nos lamentemos por ella, pues el mismo Jesucristo, de las suyas se lamentaba desde la cruz: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?* (Mat 27, 46). Pero, sea cual fuere nuestra desolación, debemos resignarnos siempre

enteramente con la voluntad del Señor. Todos los santos fueron presa de esas desolaciones y abandonos espirituales. «¡Cuánta dureza de corazón experimento! —exclamaba San Bernardo—, ya no tengo gusto por la lectura, ya no me atraerá la oración ni la meditación» (*In Cant* s. 54). Los santos, muy a menudo se han visto sumidos en la aridez, sin experimentar consuelos sensibles. Estos pasajeros favores, sólo raras veces los concede Dios, y aun a las almas débiles, para fortalecerlas; no a aquellas que para nada, se detienen en el camino de la virtud. En cuanto a las delicias que han de premiar nuestra fidelidad, las que nos aguardan constituyen un paraíso. La Tierra es un lugar en donde se merece por medio de los sufrimientos; el Cielo es la morada de la remuneración y la alegría. Así, pues, lo que durante su vida han siempre buscado y deseado los santos, no es el fervor sensible, ni los goces, sino el fervor espiritual en los sufrimientos. «¡Oh! —exclamaba el venerable Juan de Avila—, vale mucho más hallarse sumido en el abandono y la tentación por la divina voluntad, que elevarse a la contemplación sin que Dios lo quiera» (*Audi, filia*, c. 26).

¡Ah! Sin duda diréis: si yo supiera que esta desolación viene de Dios, en paz la sufriría; pero lo que me aflige e inquieta es el temor de que sea una consecuencia de mis faltas y un castigo a mi tibieza. —Pues bien: cesad en vuestra tibieza y desplegad mayor celo. ¡Qué! Por hallaros entre las tinieblas ¿queréis turbaros, abandonar la oración y doblar vuestro mal de un modo semejante? Suponiendo que sea un castigo vuestro abandono, ¿no es acaso Dios quien os envía ese castigo? Recibidlo, pues, como una pena que habéis merecido, y someteos a la voluntad del Señor. ¿No convenís en que merecáis el Infierno? ¿Por qué, pues, os quejáis? ¿Merecáis acaso que Dios venga a consolaros? ¡Ah! Contentaos del modo cómo Dios os trata; perseverad en la oración, proseguid vuestro camino y temed en lo sucesivo vuestra poca humildad y la falta de resignación con la voluntad divina. Pensad que, al entregaros a la oración, el mejor fruto que podéis obtener es uniros a la voluntad de Dios. Someteos, pues, y decid desde el fondo del corazón: Señor, acepto de vuestra mano esta pena, y la aceptaré

tanto tiempo como gustéis; si queréis que de este modo esté afligido durante toda la eternidad, contento estoy de ello. —Una oración semejante, por dolorosa que parezca, os hará más bien que los más dulces consuelos.

Pero es menester considerar que no siempre el abandono es un castigo; es algunas veces una disposición de la Providencia, que tiene por objeto hacernos mejorar y conservarnos humildes. Temeroso de que San Pablo no se enorgulleciese con los dones que del Señor había recibido, Este permitió que se sintiera atormentado de impuras tentaciones: *Para que no pudiera yo presumir de haber sido objeto de esas revelaciones tan sublimes, recibí en mi carne una especie de aguijón, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría* (2 Cor 12, 7). El que ora entre las delicias espirituales no hace gran cosa. *Hay amigos que comparten tu mesa y dejan de serlo en el día de la aflicción* (Eccl 6, 10). No miraréis como amigo tan verdadero al que sólo os acompañe en vuestra mesa, como al que, lleno de interés, os asista en vuestras necesidades. En la obscuridad y la desolación reconoce Dios a sus amigos sinceros. Hallándose Paladio sumido en grande pesadez durante la oración, fue a encontrar a San Macario, el cual le dio este consejo: «Cuando el demonio os sugiera la idea de dejar la oración, respondedle: Por el amor de Jesucristo me resigno a permanecer aquí y a no moverme de entre las paredes de esta celda» (*Hist. laus* c. 20) Esta es vuestra respuesta al sentir os tentado de abandonar la oración y al pareceros que perdéis en ella el tiempo. Decid siempre: No me muevo de aquí para agradar a Dios. —Decía San Francisco de Sales que si en la oración no hiciésemos más que combatir las distracciones y tentaciones, sería provechosa. Tauler asegura además que el que persevera en la oración, a pesar del abandono que experimente, obtendrá de Dios mayor gracia que si hubiese rogado durante largo tiempo con mucha devoción sensible. El P. Rodríguez (*Perfecto cristiano*, P. 1.<sup>a</sup>, trat. 8, c. 29) habla de un hombre piadoso que durante el espacio de cuarenta años no había nunca sentido el menor consuelo en su oración, pero que decía que a pesar de todo, el día que a ella se entregaba se encontraba

más fortalecido en la práctica de todas las virtudes, mientras que, si llegaba a descuidarla, experimentaba por el contrario tal debilidad, que no se sentía capaz de hacer nada bueno. Según San Buenaventura (*De prof. rel.* I, II, c. 76), y Gerson (*De Monte cont.*, c. 43), son muchos los que sirven más a Dios sin tener el recogimiento que desean, que si en efecto lo tuvieran; en el primer caso, es factible que se porten con mayor cuidado y humildad que en el segundo, en el cual pueden entregarse más fácilmente a la vanidad, y en su consecuencia a la tibieza, persuadidos de haber encontrado lo que deseaban.

Lo que decimos de los abandonos, debe igualmente entenderse de las tentaciones. Cuidar debemos de evitar toda tentación; pero, si Dios quiere o permite que nos sintamos atacados contra la fe, la pureza u otra virtud cualquiera, no debemos quejarnos de ello, sino en esto resignarnos, como en todo, a su divina voluntad. Respondió el Señor a San Pablo, cuando éste le rogó que le librase de las tentaciones de impureza, que su gracia debía bastarle. *Te basta mi gracia* (2 Cor 12, 9). Si, pues, nosotros también notamos que Dios no atiende a la demanda que le dirigimos de vernos libres de cualquiera tentación desagradable, digámosle: Señor, haced o permitid cuanto os sea grato; me basta con vuestra gracia; sin embargo, asistidme, a fin de que nunca más la pierda. No es la tentación, sino nuestro consentimiento en ella, lo que nos hace perder la divina gracia. Las tentaciones a cuyo influjo nos resistimos sirven para hacernos más humildes, para aumentar nuestros méritos, para obligarnos a recurrir más a menudo a Dios, preservándonos así por más largo tiempo de ofenderle, y haciéndonos crecer en su santo amor.

## 6 — *La muerte.*

Preciso se hace, sobre todo, que nos unamos a la voluntad de Dios por lo que toca a nuestra muerte, sea en razón del tiempo o del modo que Dios se sirva determinarla. Santa Gertrudis, al subir un día una escarpada cuesta, resbaló y cayó rodando hasta el valle. Sus compañeras le preguntaron si había tenido miedo de

morir sin sacramentos. La Santa contestó: «Mucho deseo no verme en mi última hora privada de los sacramentos; pero estimo más lo que Dios quiere; porque estoy persuadida de que la mejor disposición que puede guardarse para morir bien es someterse a la voluntad de Dios. Así, pues, yo deseo el género de muerte que el Señor se sirva enviarme» (*Insin.* 1. I, cap. XI). Se lee en los *Diálogos* de San Gregorio (i, I, III capítulo 27), que, habiendo los vándalos condenado a muerte a un sacerdote apellidado *Sanctulus*, le dejaron la facultad de designar el género de suplicio que prefería sufrir; pero este hombre renunció a pronunciarse sobre el particular diciendo: «Entre las manos de Dios me encuentro, y recibiré la muerte que El permita que me impongáis; ninguna otra que ésta quiero yo». Un acto tal de conformidad fue al Señor tan agradable, que, habiendo los bárbaros resuelto decapitar al condenado, detuvo el brazo del verdugo. En vista de este milagro, se decidieron a respetar la vida del virtuoso sacerdote. De este mismo modo, en cuanto a la manera de morir, debemos creer que la mejor para nosotros es la que Dios tenga determinada. Cada vez que en la muerte pensemos, digamos siempre: Señor, puesto que Vos nos salváis, dadnos la muerte que os plazca.

Mostrémonos igualmente resignados por lo que toca al tiempo de nuestra muerte. ¿Qué más es esta Tierra que una cárcel en la cual debemos sufrir y estamos en continuo peligro de perder a Dios? Esto es lo que instaba a David a exclamar: *¡Saca mi vida de la cárcel para dar gracias a tu nombre!* (Salmo 142, 8). Señor, dignaos librar a mi alma de esta triste prisión. Del mismo temor penetrada Santa Teresa de Jesús, suspiraba sin cesar, y, al oír dar el reloj una hora, se regocijaba pensando que había pasado una hora más de su vida, una hora de peligro de perder a Dios. Según el venerable Juan de Avila, quienquiera que se encuentre en medianas disposiciones debe desear la muerte, a causa del peligro que corre de perder la gracia de Dios. ¿Qué existe, en efecto, más precioso y deseable para nosotros que adquirir, por medio de una buena muerte, la seguridad de no perder ya más la amistad de nuestro Dios? Pero yo, podréis decir, nada he hecho, nada he adquirido para mi alma. Y si quisiese Dios que terminara vuestra

vida instantáneamente, ¿qué haríais prolongándola contra su voluntad? ¿Quién sabe si más tarde tendríais la buena muerte que ahora podéis esperar? ¿Quién sabe si, cambiando de voluntad, incurriríais en otros pecados que os llevasen a la condenación? Después de todo, no podríais vivir sin cometer nuevas faltas, a lo menos ligeras, como, gimiendo, lo acreditaba San Bernardo: *¿Por qué deseamos tanto esta vida, en que, cuanto más vivimos, tanto más pecamos?* (Med. c. II). Y es cierto, pues, que un solo pecado venial disgusta más a Dios de lo que podrían agradarle todas las buenas obras de que somos capaces.

Debo decir, además, que, quien no desea la posesión del Paraíso, muestra con ello su poco amor a Dios. Cuando uno ama, desea, ante todo, la presencia del objeto amado; no podemos nosotros, por consiguiente, ver a Dios sin dejar la Tierra; también todos los santos han suspirado por la muerte, y esto para ir a gozar de la presencia de su adorado Bien y Señor. Tales eran los sentimientos de San Agustín: *Deseo morir, para verte*; de San Pablo: *Deseo irme para estar con Cristo* (Filip 1, 23); de David: *¿Cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?* (Salmo 42, 3). Tales fueron siempre los suspiros de las almas inflamadas en el divino amor. Se lee en un autor que, hallándose un gentilhomme cazando en un bosque, oyó la voz de un hombre cantando con sorprendente dulzura. Se aproximó el cazador, y se encontró frente a frente de un pobre leproso, medio consumido ya por la enfermedad. Le preguntó si era él quien cantaba. —Sí, hermano mío —contestó el enfermo—, yo soy. —Pero ¿cómo podéis conservar la alegría en medio de esos sufrimientos que amenazan arrebatáros la vida? — ¡Ah! —exclamó—, es que entre Dios y yo no existe otra separación que esa muralla de cieno, ese miserable cuerpo que aquí me retiene; cuando de él me encuentre libre, iré a gozar de mi Dios. Actualmente, de día en día, lo contemplo más próximo a la ruina, y esto es lo que me tiene alegre y me mueve a cantar mi alegría.

## 7. — *Bienes espirituales.*

Es, por último, preciso que nos conformemos con la voluntad divina hasta en los grados de gracia y de gloria a que podamos aspirar. Mucho debemos estimar, sin duda, lo que a la divina gloria pertenece, pero todavía más la voluntad de Dios; debemos desear amarle más que los serafines, pero no podemos apetecer un grado de amor superior al que Dios ha resuelto concedernos. He aquí cómo sobre este particular se expresaba el venerable Juan de Avila: «Yo no creo que entre todos los santos se encuentre uno solo que no haya deseado estar mejor de lo que se encontraba; pero nunca este deseo llegaba al extremo de quitarles la paz, porque provenía del amor divino y no del amor propio: satisfechos siempre de la parte que el Señor les tenía concedida, por pequeña que fuese, estaban persuadidos de que encierra más amor a Dios estar contento con lo que da, que apetecer más de lo que concede». Esto, siguiendo la explicación del P. Rodríguez (*Perfecto cristiano*, P. 1.<sup>a</sup>, t. VIII, c. XXX), significa que debemos llevar todos nuestros esfuerzos a conseguir la perfección, sin dejarnos relajar nunca por esos vanos pretextos que sugieren la tibieza y el abandono: Dios debe darnos la gracia de llegar más lejos; nosotros debemos ponernos en situación de no poder hacer más. —Y si, a pesar del cuidado que en ello tenemos, nos llega a faltar, no debemos turbarnos por esto ni dejar de conformarnos con la voluntad del Señor, que permitió que cometiéramos esta falta; pero, sin desalentarnos, levantémonos al instante y, penetrados de humilde arrepentimiento, después de haber pedido a Dios una mayor gracia, prosigamos nuestro camino. Del mismo modo, aunque nos sea lícito desear elevarnos en el Cielo al rango de los serafines, no para poseer más gloria, sino para glorificar y amar a Dios de una manera más perfecta, debemos, no obstante, resignarnos a su santa voluntad, contentándonos con el grado de gloria y de amor que se haya dignado concedernos en su misericordia.

Grave falta sería desear los dones de oración sobrenatural, especialmente éxtasis, visiones, revelaciones; pues los mismos

maestros, en la vida espiritual, afirman que las almas favorecidas con semejantes gracias deben rogar a Dios que les exima de ellas, a fin de que les sea posible amarlo por la simple vía de la fe, que es la más segura. Muchos son los santos que han alcanzado la perfección sin esas gracias extraordinarias, y sólo por las virtudes que llevan la santidad en las almas, y, sobre todas, la conformidad con la voluntad divina. Si, pues, no place al Señor elevarnos a un sublime grado de perfección y de gloria, confirmémonos en todo con su santa voluntad, y roguémosle que nos salve, a lo menos, por su infinita misericordia. Obrando de este modo, no será escasa la recompensa que recibamos de su bondad, porque sobre todo ama Dios a las almas resignadas.

## CAPÍTULO VI

### CONCLUSIÓN

En suma, mirar debemos, como proveniente de la mano de Dios, todo cuanto nos suceda o nos espere en lo porvenir. A un solo y único objeto nos es permitido dirigir todas nuestras oraciones: el de cumplir la voluntad de Dios y no hacer nada más que lo que Dios quiere. Para marchar con pie firme por esta vía, es necesario que en lo exterior nos dejemos guiar por nuestros superiores, y en lo interior por nuestros padres espirituales, a fin de aprender de ellos lo que Dios exige de nosotros, poniendo absoluta fe en esas palabras de Jesucristo: *Quien a vosotros escucha, a mí me escucha* (Luc 10, 16) .Quien os escucha, me escucha. — Apliquémonos especialmente en servir a Dios tal y como desea de nosotros ser servido. Digo esto a fin de que procuremos evitar las faltas de aquellos que pierden el tiempo en forjarse ilusiones de este tenor; si me encontrara en un desierto, si entrara en un convento, si me hallara fuera de esta casa, de esta familia o de esta compañía, viviría santamente, haría tales penitencias, dirigiría al Cielo tales oraciones... Y siempre se dice: ¡Haría!... ¡Haría!... Y en tanto no se lleva con resignación la cruz que Dios nos manda, no se sigue el camino que nos prescribe, y, lejos de santificarse, se va de mal en peor. Esos vanos deseos son muy a menudo tentaciones del demonio, por cuanto se oponen a la voluntad de Dios; es preciso, pues, combatirlos, y tratar de servir al Señor siguiendo el sendero que nos tiene trazado su providencia. Cumpliendo su voluntad alcanzaremos la santidad, sea cual fuere el estado en que nos haya colocado. No queramos, pues, nunca otra cosa que lo que Dios quiere; si así obramos, Él nos estrechará contra su corazón. A este fin, familiaricémonos con ciertos pasajes de las Sagradas Escrituras que nos llevan a unirnos cada vez más con la voluntad divina, por ejemplo: *Señor, ¿qué quieres que*

*haga?* (Hechos 9, 6). ¡Oh Dios mío! Mostradme lo que queréis de mí, y estoy dispuesto a ejecutarlo todo. —*Tuyo soy, sálvame* (Salmo 119, 94). Yo no me pertenezco, soy todo vuestro ¡oh Señor! Disponed de mí como seáis servido. —Cuando nos encontremos heridos de algún golpe muy grave, como la muerte de nuestros seres queridos, la pérdida de nuestros bienes u otras desgracias semejantes, digamos con nuestro divino Salvador: *Sí, Padre, porque así lo has querido* (Mat 11, 26). ¡Sí, Dios y Padre mío, cúmplase así, puesto que tal es vuestro deseo! Unámonos sobre todo a la oración que Jesucristo nos ha enseñado: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. El Señor recomendó un día a Santa Catalina de Génova que se fijara particularmente en estas palabras, cada vez que rezara un *Padrenuestro*, pidiendo a Dios la gracia de cumplir su santa voluntad con la misma perfección que los santos en el Cielo. Sigamos asimismo nosotros esta práctica, y no nos alejaremos de la santificación.

FIN